

y tenía más cuidado que los mismos sacristanes y aún que todos los frailes de la casa.»

A estos hábitos de piedad eran sin duda debidas las procesiones de penitentes que iban á azotarse las espaldas con sendas disciplinas y que continuaron hasta el reinado de los Borbones.—No se tolera ya en esta corte, escribe en 1713 la princesa de los Ursinos (1), que vengan á azotarse delante de este palacio los que con pretexto de penitencia derramaban su sangre para hacer *finezas* á sus divinidades.—Pero sobre todo, se debe á esta pasión la conclusion del Escorial. El globo y la cruz que coronan la cúpula, se colocaron el 21 de julio de 1582; se consagró la iglesia el 6 de agosto de 1586, y el 22 de marzo siguiente se erigió «el rico monumento que hay junto á las gradas del altar mayor, bajo la lámpara principal, pieza digna de admiración: los planos son de José Flecha, italiano de Génova (2).» El gran crucifijo de madera de las islas, esculpido por Pompeyo, fué puesto en su sitio el mes de setiembre de 1590.

Pero el viaje al Escorial comenzaba ya á ser pesado: á veces llegaba Felipe tan fatigado que ni aún podía asistir á los oficios, y tenía que oír misa en su oratorio. En 1587, lo retuvo en Madrid un ataque de gota, é hizo construir en su palacio del Pardo una galería al mediodía, donde se recostaba á veces, ó tomaba el sol manejando sus papeles (3).

Porque la edad no amortiguaba su amor al trabajo.—El rey se mata haciendo minutos que podrían despacharse sin él, y le impiden atender á lo que más importa (4). Pero al mismo tiempo el hábito de la irresolucion continuaba dejándolo todo en suspenso.—Me matan estos retrasos y dilaciones que usan aquí, decía Granvela (5); arruinan nuestros intereses y pierdo la esperanza de poner remedio, porque la índole de S. M. se inclina á ello y á ello se acomodan muy bien los de aquí haciendo su negocio.

(1) Carta del 27 abril, de la princesa de los Ursinos al mariscal de Tessé. (Bol. Soc. de hist. de Francia, año 1879, Suplemento, página 205).

(2) *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 418.

(3) Cabrera, tom. II, p. 228. Las palabras son del cardenal Granvela. «No hay en el mundo un secretario que maneje tantos papeles.» Granvela á Margarita de Parma, 18 agosto 1582 (Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VIII).

(4) Granvela á Margarita de Parma, 28 julio 1582 (Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VIII).

(5) *Ibid.* Véase también la carta á Fonck, del 7 de julio. «Pluguiera á Dios que nuestro amo escribiera menos y se hiciera servir mejor.»

Puede decirse que en este momento la historia de las Colonias se funde con la de Francisco Drake. El terror era tan profundo que el Perú, arruinado y todo por el terremoto de 1586, envió un donativo al rey para armar una escuadra contra los temidos navíos (6). Hasta se pensó en huir delante de ellos y perderse por los mares hasta dar en parajes misteriosos. Se dió el nombre del rey á un archipiélago oculto, situado entre el Japon y las Molucas: se quería abrigar en él la fortuna colonial de España y se contaban maravillas de las islas Filipinas.—Hay once mil islas; pero los que han ido allá confiesan que no saben cómo se las ha podido contar (7). Manila fué ocupada haciendo de ella la capital de todas las Filipinas, entre las cuales se contaban Borneo y Sumatra (8). Allí, escribían los marinos (9), las mujeres se cubren el seno con láminas de oro, con medallas, y suspenden de sus orejas grandes aros de oro. La cosecha de seda es fabulosa. El rey ha hecho gastos enormes para mantener soldados y frailes que habian de implantar allí la fe á costa de su patrimonio, sin que hasta ahora se haya recogido un real de beneficio.—Muy luégo el rey de Cambodje envió al gobernador de las Filipinas embajadores (10) que le ofrecieron elefantes y pidieron socorros contra el rey de Siam. Establecieron relaciones comerciales con los puertos de la China; pero fueron restringidas como las de las colonias americanas por torpes reglamentos. Una vez se dejó vencer Felipe II y añadió de su mano en la licencia de un navío florentino una autorización para traficar en las colonias españolas.—Esto es grave, se permitió objetar el secretario Andrés Eraso (11); es contrario á todos los principios.—Cortad de la cédula lo que puse de mi mano, contestó Felipe II. Prefería mudar de parecer repentinamente á la objecion de un subalterno y retirar un favor: tal y tanta era la fe que tenía en las fórmulas de su política comercial.

Contra esta implacable rutina solamente los frailes se atrevían á luchar. Es el eterno honor de los frailes españoles haber intentado proteger la raza roja; los frailes, no los sacerdotes. «Los clérigos no pretenden otra cosa más de su interese y salario,» estaba encargado de de-

(6) Cabrera, tom. III, p. 358.

(7) Herrera, tom. II, p. 454.

(8) En 1585.

(9) Herrera, tom. II, p. 456.

(10) *Ibid.* tom. III, p. 179, en 1590.

(11) *Doc. inéd.* tom. LI, pág. 248, del 8 mayo 1583.

cir á Felipe II y al Papa Don Ortuño de Ibarra, enviado de América por las órdenes de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín (1). Estos buenos religiosos recordaban que uno de ellos habia ya venido en 1555 para quejarse al rey (2). «Tantos millares de leguas han despoblado los españoles llenas de gentes que han perecido; millares de leguas, digo, porque pasan de tres mil; de tres mil, digo y torno á decir.» Insisten ahora acerca de todo lo que les representa la autoridad sobre la tierra, Felipe II, el Consejo de Indias y el inquisidor general; recuerdan los abusos, las exacciones, las miserias; citan como procedimiento empleado para despojar á los indios el simple proceso regularmente intentado. «Que S. M., dicen, que S. M. mande que los negocios de Indias se hagan sumariamente y no se despachen por vía de tres lados, y procesos de las partes, porque se siguen grandes inconvenientes á causa de que ellos son miserables y pobres y no entienden este estilo... y se hacen pleytos innumerables...» En vano invocan los frailes la piedad y la justicia; para la justicia como para el comercio las reglas del gobierno español son inflexibles.

IV.—Italia

El clero de Italia no estaba, como el de España, avasallado por la corona, sino defendido por el prestigio de la Santa Sede y por el genio de la curia romana. Así, la única fuerza que garantizaba un poco las provincias italianas contra las violencias de los gobernadores españoles, era la Iglesia. Esta oposicion religiosa contra las invasiones de Felipe II fué dirigida por los dos más grandes hombres de la Iglesia en el siglo XVI, el cardenal Borromeo y el papa Sixto V.

San Carlos Borromeo era sobrino de Pio IV; fué promovido al cardenalato á la edad de veintidos años (3) y repartió entre los pobres de su diócesis de Milan todos sus bienes, sus joyas, su vajilla de plata. Organizó seminarios, cofradías y una disciplina austera para su clero. Pero esta solicitud administrativa vino á hacerse sospechosa para el virey de Milan, Don Luis de Requesens, el cual se imaginó que el cardenal estaba á la cabeza de una conspiracion que debia entregar la ciudad á la Santa

(1) Ms. Bibl. nac. fond. español, 550, folios 267 y 302.

(2) *Ibid.* fol. 151.

(3) La familia de Borromeo pretendia descender de los Anicijos de la república romana. Carlos nació en 1538, recibió el capelo en 1560, murió en 1584 y fué canonizado en 1610.

Sede.—Quitó al cardenal Borromeo un castillo por la desconfianza que tenía de él y combatió las juntas y cofradías que el dicho cardenal habia establecido, temiendo que so capa de devocion no hubiera algun abuso (4). Requesens fué excomulgado y muy luégo partió para los Países Bajos. Entónces Carlos Borromeo tuvo ocasion de probar que no lo habia inspirado otra cosa que el celo religioso: durante la peste de 1576, que hizo seiscientas mil víctimas en Italia (5), fué corriendo de puerta en puerta, asistió á los apestados, distribuyó entre los indigentes lo que le quedaba, su ropa blanca, su propio lecho, sepultó á los muertos de que huían sus mismos parientes y pasó el resto de sus días en la pobreza.

Sixto V no se limitó á proteger al clero español en cuestiones de etiqueta. Restableció la independencia de la órden de Malta que en el papado antecedente habia querido someter á su autoridad Felipe II. El gran maestre era á la sazón el francés Juan de la Cassiere (6), á quien el gobierno español echaba en cara haberse mostrado poco propicio á secundar á los agentes que el Santo Oficio de la Inquisicion empleaba en la isla: con esto hubo de organizar una conspiracion de caballeros, y en medio de una insurreccion militar fué encerrado el gran maestre en el castillo de San Angelo, acusado de senectud y provisto de un adjunto que eligieron los conjurados. Sixto V declaró que el gran maestre era perfectamente apto para gobernar, que las medidas tomadas contra él eran atentatorias, ilegales é injustas y que las páginas en que se habian consignado debian arrancarse de la coleccion de actas de la órden.

Pero en el reino de Nápoles, los vireyes españoles no tenían que temer ninguna ingerencia de la Iglesia y se abandonaban á los excesos de una tiranía sin freno.

Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitan, habia conquistado el reino de Nápoles; pero el virey Don Pedro de Toledo fué quien con ruda mano y más rudas instituciones aseguró allá la dominacion española (7). Pena de muerte con-

(4) Champagney al Consejo de Estado, 20 abril 1576, *Corresp. de Felipe*, tom. V, pág. 243.

(5) Herrera, tom. II, pág. 83.

(6) *Ibid.* p. 347.

(7) Pedro de Toledo fué virey de 1532 á 1553, y lo reemplazó el cardenal de la Cueva. A partir de esta época hé aquí la serie de los vireyes de Nápoles bajo el reinado de Felipe II:
1559 Don Pedro Afán de Rivera, duque de Alcalá.
1571 Don Antonio Perrenot, cardenal Granvela.
1575 Don Iñigo Lopez Hurtado de Mendoza, marqués de Mondejar.
1579 Don Juan de Zúñiga, príncipe de Pietra-Persia.
1582 Don Pedro Giron, duque de Osuna.

tra quien lleve armas; pena de muerte contra quien sea sorprendido en una escala de seda pendiente de un balcon; pena de muerte contra el reincidente en falso testimonio. Durante sus diez y ocho primeros años de vireinato, Pedro de Toledo hizo perecer, sólo en la ciudad de Nápoles, por mano del verdugo, diez y ocho mil personas y envió otras tantas á galeras (1), habiendo, por otra parte, arrancado al país veinte millones de monedas de oro (2). La política de sus sucesores consistió en excluir á la nobleza de todas las cargas, en sacarle dinero y en imponerle humillaciones; pero manteniendo en sus manos los derechos feudales que le permitian oprimir á su vez al pueblo. Con esto, los señores del reino venian á ser simples colectores de impuestos, pues el real fisco les chupaba la sustancia luégo que ellos habian chupado la sangre al pueblo. Cuanto más numerosos eran, tanto más se acercaban á la materia imponible y tanto más se hallaban en aptitud de prestar servicios. Habia sólo en el reino de Nápoles ciento diez y nueve príncipes y ciento cincuenta y seis duques (3). España les vendía el señorío feudal sobre los pueblos: de cerca de dos mil pueblos sólo habia sesenta y nueve que se pudieran llamar reales (4); los demás pertenecian á los señores. Los Orsini tenian cuarenta y cuatro pueblos; un Celano treinta y cuatro, un Matera veinticinco. Los pueblos que compraban su independencia, volvian á caer luégo bajo el mismo yugo, bien por no poder pagar los vencimientos de los empréstitos contraidos para su emancipacion, bien porque la corona los revendiera. No dejaban de estar sujetos á las exacciones los pueblos que tenian amo: las cargas de justicia se conferian al que más ofrecia por ellas, y el agraciado recobraba muy luégo el anticipo á fuerza de derechos de justicia; á veces el alcalde transigia con el juez señalándole un sueldo fijo para satisfacer su codicia (5).

Los mismos desórdenes habia en las relaciones comerciales. A veces se elevaba el interés

1586 Don Juan de Zúñiga, conde de Miranda.
1595 Don Enrique de Guzman, conde de Olivares.
(Doc. inéd. tom. XXIII, pág. 163).

(1) Palermo, *Narrazioni e documenti nella storia del regno di Napoli*, Firenze, 1846. Carta de Francesco Balbi al dux Cosme de Medicis, del 12 mayo 1550.

(2) *L'istoria d'Italia nell'anno 1547* di Camilo Porzio, publicada por Agust. Gervasio, Neapoli, 1839, p. 88.

(3) Reumont, los *Caraffas*, pág. 99 de la traduccion inglesa. Esta estadística es de 1675.

(4) En 1586. Reumont, los *Caraffas*, p. 82.

(5) Alberi, t. V, p. 276. Rel. ven. Girolamo Lippomano, 1575.

á treinta por ciento (6); ó bien decidía el virey que no restituyeran los banqueros más que el décimo de los depósitos (7).

Con este sistema enviaba todos los años el reino de Nápoles, con todos los gastos pagados, dos millones y medio de ducados á España á título regular y un millon como donativo gracioso. Pero hay que añadir á estas sumas las que se llevaban los vireyes y sus comisarios: era una tradicion fielmente seguida desde Gonzalo de Córdoba, que habia acaparado los granos durante el hambre de 1505 y ganado cuarenta mil ducados mientras gran número de hombres sucumbieron bajo el azote. Los simples hidalgos soportaban con el pueblo el peso de estas cargas y sufrían además las vejaciones con la alta nobleza: el duque de Osuna les hacia esperar, no en la antesala, pero sí en la sala con los guardias y los mendigos (8); el marqués de Mondejar daba paso á su bastardo sobre todos los marqueses del reino; la mujer de un virey (9) golpeó públicamente con su zapato las mejillas y espaldas de la mujer de un juez y amenazó muchas veces con el mismo castigo á las damas de su corte.

Los napolitanos habian esperado emanciparse imitando á la nobleza flamenca. Su sociedad secreta de los *Blancos* hubo de espantar mucho á Felipe II para que exclamara: «Perdido tenemos el reino de Nápoles» (10). Entonces envió de virey á Don Pedro Tellez de Giron, duque de Osuna.

Osuna era un hombre duro y frio: su divisa, grabada aún en su sepulcro, dice: «Si el vivir es hermoso, el morir es ganancioso.» Osuna espantó á la nobleza amenazándola con desencadenar el populacho; disolvió la sociedad de los *Blancos*, y castigó al pueblo, luégo que lo vió abandonado por la aristocracia. Un motin intentó disputarle sus presos: la represion fué vigorosa (11); fueron ahorcados cuarenta hombres: «no eran sino gente del pueblo, descalzos, descamisados, viles» (12).

Aquellos pobres hombres eran más temibles en las montañas que en las calles de Nápoles.

(6) En 1573, en el momento en que los Ravaschieri de Génova se declaraban en quiebra, quiebra que los enriqueció lo bastante para comprar los títulos de duques, de Cardenal y de Girifalco y los de príncipes de Sutriano y de Belmonte.

(7) *Cronaca di notar Giacomo*.

(8) Pietro Riccarelli á Fernando de Médicis en la *Coleccion de Palermo*, p. 294.

(9) La marquesa de Monterey, cuyo marido fué virey de 1631 á 1637, bajo el reinado de Felipe IV.

(10) *Doc. inéd.* t. XXIII, p. 163.

(11) Herrera, t. II, p. 463.

(12) *Doc. inéd.* t. XXIII.

Los *fuorusciti* ó bandoleros eligieron (1) á uno de entre ellos por rey de Nápoles, á Marco Berardi, á quien se ha llamado *el rey Marcone*. Residia en la Calabria con una guardia de seiscientos hombres regularmente pagada; conferia privilegios, firmaba decretos, mantenía secretarios. Despues de él, Marco Sciarra en los Abruzzos (2) llegó á saquear ciudades, á secuestrar obispos, á sostener una campaña contra ejércitos de cuatro mil hombres: en todos los pueblos tenia espías que le daban avisos; los frailes de muchos monasterios (3) daban asilo á los bandidos hostigados por las tropas españolas; llevaban sus despachos, buscaban

compradores para su botin. Marco Sciarra acabó por tratar en 1592 con la república de Venecia y pasó á su servicio.

Este recurso de la montaña no era á menudo posible á los nobles. Estos no tenían más remedio que buscar protectores: unos se casaban con una española pobre, pero de casa influyente; otros se refugiaban en España y pasaban los dias en los bancos de las antesalas. Así Marco Antonio Colonna, amenazado de desgracia, bien que su hijo Fabricio hubiera muerto al servicio de Felipe II en la guerra de Portugal, abandonó la Italia, se consumió en largas pretensiones y murió en Madrid (4).

CAPITULO VIII

1584-1588

SITIO DE AMBERES.—EXPEDICIONES DE LEICESTER

I.—Sitio de Amberes

Alejandro Farnesio no perdió tiempo para recoger el fruto de la muerte del príncipe de Orange. En ménos de dos meses tomó á Dendermonde, Vilvorde y Gante (5), y preparó la anexion de Bruselas, Malinas y Amberes (6). En esta consternacion general, no tenia en su contra más que al agente francés Pruneaux, que pedía fondos á Enrique III para asegurar la influencia francesa (7), que conducia á Ruan á los delegados de los Estados, sin poder presentarlos al rey, que habia partido para Lyon al tener noticia de su llegada, «por lo cual se deseaba Pruneaux cien veces la muerte» (8).

El príncipe de Orange dejaba un hijo mayor que estaba retenido, más de quince años hacia, en manos de los jesuitas de Madrid, dos hijos libres y siete hijas. De los dos hijos libres, el uno tenia diez y siete años, era el Gran Mauricio, el hijo de Ana de Sajonia; el otro, Enri-

(1) Siendo virey el duque de Alcalá.

(2) Siendo virey el conde de Miranda.

(3) Como los Benedictinos de Montevergine, cerca de Avellino, y los religiosos de Troja en la Pulla. Véase la *Colec. de Palermo*, página 447, cartas del nuncio Giacomo Aldobrandini.

(4) D'Ossat á Enrique III, 24 set. 1584, tom. I, p. 2.

(5) El 17 de agosto, 7 y 17 setiembre de 1584.

(6) Marzo, julio y agosto de 1585.

(7) *Colec. de Groen Van Prinsterer*, segunda serie, t. I, pág. 4.

(8) Ms. de la Haya, citado por Motley, the United Netherland, tom. I, pág. 54.

que, hacia poco que lo habia dado á luz Luisa de Coligny.

Mauricio fué elegido jefe de las Provincias Unidas, bajo la tutela de un consejo de diez y ocho miembros (9); pero su edad le impedia el mando del ejército. Su cuñado Hohenlo, alemán, de estatura gigantesca, que estaba siempre ebrio, fué elegido por los Estados como jefe militar. Un bastardo de Orange, llamado Justino, viene á ser almirante en lugar del bravo Treslong, que habia merecido los celos de los agitadores de la democracia y estaba en la cárcel pública (10). En fin, Marnix de Santa Aldegonda, pedante que no poseia ninguna de las cualidades propias para obtener autoridad sobre los hombres, fué colocado en el puesto más temible, en el de burgomaestre de Amberes.

Alejandro Farnesio va á sitiar á Amberes: con Amberes tendrá á la vez á Holanda y á Inglaterra. Es el momento decisivo: lo cree así, y sin escuadra emprende el bloqueo de un puerto marítimo (11).

Farnesio tenia entonces treinta y seis años,

(9) Brabante, 3 miembros; Flandes, 2; Holanda, 4; Zelanda, 3; Utrecht 2; Malinas, 1; Frisia 3.

(10) En Midelburgo. Davison to Bourghley, 28 febr. 1585.

(11) Véanse para el sitio de Amberes, Cabrera, t. III, p. 82; Le Petit, t. II, p. 500.—Cabrera escribe sobre los apuntes de un oficial español; Le Petit estaba en Amberes. La narracion de este sitio es la obra maestra de Lothrop Motley.